

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/336230571>

# La cultura política, diagnóstico y evolución

Chapter · August 2018

CITATIONS

2

READS

40

2 authors:



**Matías Bargsted**

Pontificia Universidad Católica de Chile

30 PUBLICATIONS 341 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)



**Nicolás Somma**

Pontificia Universidad Católica de Chile

62 PUBLICATIONS 418 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Social media and protest [View project](#)



Turnout in Chile [View project](#)

## CAPÍTULO 6

# La cultura política, diagnóstico y evolución

MATÍAS A. BARGSTED Y NICOLÁS M. SOMMA

### Introducción

Hace más de cincuenta años Almond y Verba (1963) sentaron los cimientos del estudio de la cultura política con su obra *La cultura cívica*, en la que analizaban las actitudes y comportamientos políticos en cinco países (Alemania, Estados Unidos, Inglaterra, Italia y México), mediante encuestas representativas de la población adulta. Los autores entendían a la cultura política como las orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas que desarrollan los ciudadanos hacia los fenómenos políticos. Ellos establecieron la relevancia de un conjunto de conceptos tales como cognición política, competencia cívica subjetiva, actitudes hacia el gobierno y partidismo, entre otros. Además, propusieron medirlos a partir de una serie de preguntas de encuesta, varias de las cuales fueron replicadas durante décadas y hasta hoy en estudios internacionales.

El libro de Almond y Verba y el debate académico que este provocó en las décadas subsiguientes (Dalton, 2014), ofrecen una perspectiva relevante para aproximarse al Chile contemporáneo. Varios fenómenos que ocupan a los académicos en Chile desde la segunda mitad de los años noventa pueden leerse en clave de cultura política: la dramática caída de la participación electoral y en la confianza en las instituciones políticas (Navia, 2004; Carlin, 2006; Cox y Corvalán, 2013), el declive de la identificación partidaria y la identificación con ideologías políticas (Navia y Osorio, 2015; Bargsted y Somma, 2016), el desarraigo del sistema de partidos (Luna y Altman, 2011), y la emergencia de movimientos sociales y olas de protesta de gran magnitud (Somma y Medel, 2017), entre otros. La ventaja del enfoque

de la cultura cívica es que ofrece un marco unificado para entender todos estos procesos que, si bien relacionados, por lo general se estudian de modo independiente en el país.

Este capítulo se estructura en cuatro secciones. A continuación, en el primer apartado se explica la perspectiva que adopta este estudio, las interrogantes que se plantean y se revisa la literatura. En la segunda sección se revisan las tendencias asociados a varios indicadores de cultura política. En el tercer apartado se abordan las ideologías que subyacen en la cultura política a partir del examen del eje histórico izquierda-derecha. Finalmente, en la cuarta sección se presentan la síntesis y conclusiones de este capítulo.

### 1. Nuestro enfoque

Partiendo de esta base, este análisis de la cultura política en Chile considera dos dimensiones: las actitudes hacia el régimen político del país y el apego hacia la política.

En primer lugar, interesa saber en qué medida los chilenos valoran y/o prefieren la democracia versus otras formas de gobierno, así como la evaluación concreta que tienen del funcionamiento de la democracia en el país. Esta dimensión era crucial cuando Almond y Verba escribieron su libro: en los años cincuenta varios países europeos se estaban recuperando de la Segunda Guerra Mundial y comenzaban lo que sería una exitosa construcción de democracias estables. Por motivos diferentes, esta dimensión también es fundamental para Chile: uno de los procesos políticos más relevantes de las últimas décadas en el país ha sido la transición y consolidación de la democracia (Linz y Stepan, 1996). Si bien algunos estudios comparados a nivel regional destacan la trayectoria exitosa de la democracia chilena, otros identifican serias limitaciones en su diseño institucional y las acciones subsecuentes de las élites políticas (Huneus, 2014; Garretón y Garretón, 2010).

En este contexto, ¿prefieren los chilenos la democracia versus otras formas de gobierno? ¿Cómo variaron dichas preferencias en las últimas décadas? Abordar estas preguntas es relevante. Por ejemplo, sería difícil referirse a una democracia plena si la mayoría de los ciudadanos son indiferentes ante esta y considera que otro tipo de

régimen sería más adecuado, o si las preferencias democráticas se vienen debilitando marcadamente en el tiempo.

En segundo término, interesa saber cómo se orientan los chilenos hacia la esfera política; esto es, cuánto apego sienten hacia la política, en qué medida la política les atrae e interesa y forma parte de sus vidas cotidianas, y hasta qué punto confían y se identifican con los actores políticos e institucionales. Lo anterior es relevante porque durante los últimos años la literatura y la discusión pública han enfatizado el escaso y decreciente apego de los chilenos hacia la política (Huneus, 1998; Joignant, 2003; Silva, 2004; Madrid, 2006; Carlin, 2006; Luna y Altman, 2011). Aquí se presenta un diagnóstico bastante más complejo.

A su vez, para cada dimensión –actitudes hacia el régimen político y apego a la política– se distingue entre orientaciones difusas y específicas. Esta es una vieja distinción que se remonta al menos a David Easton (1965) y ha sido profusamente utilizada por la literatura más reciente (Norris, 1999). Respecto a la primera dimensión, las orientaciones democráticas *difusas* hacen referencia a la evaluación de los ciudadanos sobre la democracia como régimen de gobierno abstracto, más allá de circunstancias puntuales del momento –en qué medida son o no demócratas «pase lo que pase»–. Las orientaciones *específicas* refieren a cómo los ciudadanos evalúan el funcionamiento de la democracia en su país en un momento dado. Tales evaluaciones son en teoría más volátiles que las orientaciones difusas. Pueden estar afectadas por acontecimientos coyunturales como un escándalo de corrupción en el gobierno o la consecución de un acuerdo transversal en la clase política para aprobar una ley.

Esta distinción resulta clave porque las orientaciones difusas no necesariamente deben coincidir con las orientaciones específicas. De hecho, algunos autores (Dalton, 2004; Norris, 1999 y 2011) plantean que en las últimas décadas han emergido en las democracias avanzadas los «ciudadanos críticos» (también llamados «demócratas insatisfechos»). Se trata de personas que, si bien consideran que la democracia es la mejor forma de gobierno y rechazan los regímenes autoritarios, identifican varios aspectos negativos en la forma como la democracia funciona en sus países.

Similar ejercicio puede hacerse con la segunda dimensión, el apego a la política. Los ciudadanos pueden tener un apego considerable hacia la política en general. Por ejemplo, es posible que hablen con frecuencia de política con sus familiares y amigos y sigan con atención los acontecimientos políticos a través de los medios de comunicación. También pueden evaluar duramente el desempeño de actores políticos determinados, como los partidos, el gobierno y el congreso. La combinación de ambas condiciones –alto apego difuso a la política, pero bajo apego específico– puede favorecer formas de hacer política por fuera de los canales institucionales, como la protesta o los movimientos sociales. Creemos que esto contribuye a explicar el aumento de las acciones colectivas en Chile desde mediados de los años dos mil en adelante (Somma y Medel, 2017).

La relación de los chilenos con la política y los actores políticos ciertamente ha generado mucho interés. A nivel general hay un marcado consenso sobre que la sociedad chilena experimenta actualmente elevados niveles de desafección política, en el sentido de una indiferencia y escepticismo generalizado hacia los actores e instituciones políticas (Huneus, 1998; Silva, 2004; Madrid, 2005; Toro, 2007; Joignant, 2012). Tal preocupación está bien fundada puesto que la perpetuación de niveles generalizados de apatía es dañina para el bienestar de una democracia. Como diversos estudios internacionales sugieren (Verba *et al.*, 1995; Franklin, 2004), la desafección política puede entenderse como un antecedente actitudinal potente de la abstención electoral. En consecuencia, muchos de los riesgos que implican bajas tasas de participación electoral, como la falta de representación de ciertos segmentos de la población, tienen en su origen los sentimientos de desafección.

Más allá de estas dos grandes dimensiones presentes en el marco conceptual original de Almond y Verba, en este capítulo se introduce un tercer elemento imprescindible para el caso chileno: las etiquetas políticas e ideológicas que representa el eje izquierda-derecha. Almond y Verba no incorporaron la ideología política en su marco conceptual. La cultura política, argumentan, no depende del contenido sustantivo de las orientaciones políticas de los ciudadanos. Aunque el libro se publicó en plena Guerra Fría –cuando el mundo estaba dividido en dos grandes polos ideológicos– para ellos no importaban tanto las

ideologías de los individuos sino el modo como se conectaban con el sistema político.

Aquí se argumenta, en cambio, que para un país cuyo sistema político estuvo estructurado por mucho tiempo en torno a «tres tercios», las divisiones ideológicas entre la izquierda, el centro y la derecha son fundamentales. Después de la transición democrática una parte considerable de la vida política chilena giró en torno al conflicto entre la derecha –que apoyaba a Pinochet y el modelo neoliberal– y la centroizquierda, en teoría interesada en impulsar un modelo de corte más socialdemócrata (Tironi y Agüero, 1999; Mainwaring y Torcal, 2003). Los partidos políticos de la nueva democracia inequívocamente se asociaron a distintas posturas en dicho eje desde 1990, y los ciudadanos así lo reconocieron tempranamente en las encuestas de opinión pública (Valenzuela *et al.*, por aparecer). Es difícil aproximarse a la cultura política chilena sin considerar las preferencias ideológicas de las personas.

En este capítulo se busca evaluar si las inclinaciones ideológicas asociadas al alineamiento fundacional en torno al apoyo o rechazo a la dictadura militar persisten como diferenciadores de las actitudes y orientaciones políticas de las personas. Este punto es de primera importancia. Si los niveles de apoyo al régimen político y de apego político continúan siendo diferenciados según las inclinaciones ideológicas de las personas, se hace más improbable la consolidación de consensos políticos transversales que sean compartidos por la vasta mayoría de la población.

La perspectiva que se expone aquí de la cultura política en Chile tiene dos características adicionales: es de largo plazo (se abarcan dos décadas) y se basa en múltiples indicadores sobre distintos objetos y en diferentes niveles de abstracción. Respecto a lo primero, existen encuestas representativas de la población adulta chilena que repiten las mismas preguntas desde los años noventa y suministran varios indicadores esenciales de cultura política. Una mirada de largo plazo es importante para evitar abrumarse excesivamente por la coyuntura reciente. En la discusión pública y académica de los últimos años se ha enfatizado reiteradamente el desapego, apatía, e incluso hostilidad de los ciudadanos hacia la política institucional y sus actores. La mirada de largo plazo es útil porque permite reconocer que no es la primera

vez desde 1990 que en Chile se producen descensos dramáticos en indicadores de opinión pública política, y que dichas caídas pueden ser revertidas, al menos parcialmente.

Respecto a la segunda característica, la ventaja de contar con varios indicadores de cultura política –en vez de seleccionar dos o tres que se ajustan a las hipótesis preexistentes de los investigadores– es que esto permite una evaluación global donde pueden tener cabida distinciones bastante sutiles. No todos los indicadores necesariamente se modifican en la misma dirección o con similar ritmo. En particular, la tesis de que el sistema político chileno sufre una crisis terminal de legitimidad y la ciudadanía estuvo aletargada desde la transición hasta las protestas estudiantiles de 2011 (Mayol y Azócar, 2011; Silva, 2004) es demasiado gruesa e imprecisa. Se plantea aquí que el deterioro en la evaluación y apego hacia los objetos políticos específicos, si bien es importante, ocurre con un telón de fondo de persistencia (y no de disminución) en los niveles de politización difusa, así como un aumento de la legitimidad de la democracia en tanto forma de gobierno. Sin considerar dicho «piso mínimo» de apego difuso hacia la política, es imposible comprender las múltiples expresiones ciudadanas de la última década que reaccionan con justa razón ante el esclerosamiento e impermeabilidad del sistema político chileno. Estas expresiones –desde movimientos sociales y protestas hasta nuevos partidos políticos y líderes emergentes– han generado una reacción en la clase política que se observa en propuestas varias de reformas políticas.

## 2. Tendencias de la cultura política en Chile

¿Cuáles son las tendencias a nivel agregado de los principales indicadores de cultura política en Chile desde los años noventa al presente? En esta sección se revisa la evolución de las dos dimensiones de la cultura política seleccionadas: apoyo al régimen político y apego político. Para ello se utilizó la encuesta Latinobarómetro<sup>1</sup> y las encuestas de

1 La Corporación Latinobarómetro ha realizado encuestas nacionales de opinión pública entre 1995 y 2015. Entre 1995 y 1998 las encuestas empleaban un diseño *semiprobabilístico*, donde los encuestados dentro de cada hogar eran seleccionados a través de cuotas de edad y de género, mientras que los hogares y los distritos censales eran escogidos al azar. Estas encuestas incluían población masculina y femenina de 18 años o mayores que vivían en las 29 ciudades de más de 40.000 habitantes entre la I y X región del país (se

opinión pública del Centro de Estudios Públicos<sup>2</sup> durante el período 1995-2015. En este análisis se representan gráficamente las tendencias agregadas de todos los indicadores incluidos. A las tendencias, que se representan con líneas y un punto para cada año, se agrega una línea de regresión de ajuste local (*loess*) que al suavizar los datos revela en forma más clara las tendencias centrales contenidas en estos.

El gráfico 1 está dividido en tres gráficos que representan la evolución de tres indicadores claves de la evolución del apoyo al régimen político en la población chilena. El primer indicador, comúnmente usado en otros estudios, remite al régimen político preferido de los entrevistados<sup>3</sup>. El segundo expresa el nivel de acuerdo con la frase sobre que la «*democracia puede tener problemas pero es el mejor sistema de gobierno*». El tercero se refiere al nivel de satisfacción con el funcionamiento de la democracia en Chile. Mientras los dos primeros buscan capturar el nivel y evolución del apoyo difuso que la población le brinda al régimen democrático, el último indicador busca capturar el apoyo específico, en el sentido de cómo evalúa la población el actuar efectivo del sistema.

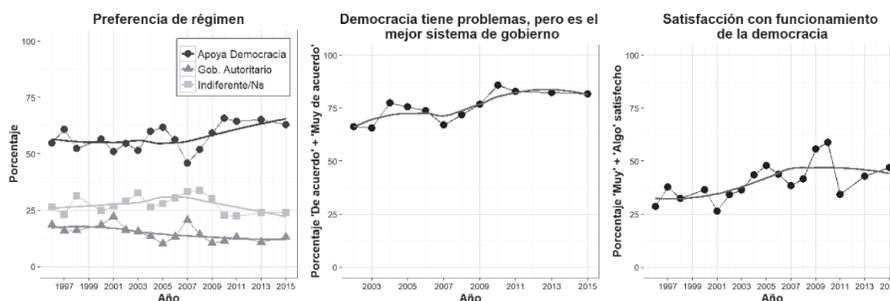
---

excluía las regiones XI y XII). Esto equivale a la cobertura de 70% de la población adulta del país. Las encuestas llevadas a cabo entre 2000 y 2004 tienen la misma cobertura que las encuestas previas, pero emplearon un diseño enteramente probabilístico en todas las etapas, incluida la selección del encuestado dentro de los hogares. Desde entonces, las encuestas de Latinobarómetro emplean un diseño muestral probabilístico polietápico que cubre toda la población adulta del país. Todas las bases de datos, así como información metodológica detallada, se encuentra disponible en el sitio [www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org).

- 2 Las encuestas del Centro de Estudios Públicos (CEP) utilizan un diseño de muestreo probabilístico polietápico y por conglomerados que es representativo de los adultos chilenos de 18 años o más. Las tasas de respuesta (tipo RR1 según las directrices de AAPOR), explícitamente reportadas a partir de 2010, oscilan entre el 72% y el 84%. Todas las bases de datos e informes metodológicos se pueden descargar desde el sitio web del CEP <<http://www.cepchile.cl>>.
- 3 La pregunta sobre preferencia de régimen es la siguiente: “¿Con cuál de las siguientes frases está Ud. más de acuerdo? a) La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, b) En algunas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático, y c) A la gente como uno, nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático.”

## Gráfico 1

Evolución de indicadores de apoyo difuso y específico al régimen político, 1996-2015



FUENTE: ENCUESTA LATINOBARÓMETRO, VARIOS AÑOS.

El gráfico de la izquierda (gráfico 1) refleja cómo el porcentaje ponderado de la población que opta por la alternativa prodemocrática se ha mantenido relativamente estable en torno a un 55%-60% desde 1995 hasta mediados de la década de 2000. Después hubo una baja relativamente abrupta hasta un 46% en 2007, y volvió a recuperarse en forma sostenida hasta 2015, año en que se registra un 63%. Más allá de estas fluctuaciones anuales, que presumiblemente representan una mezcla de efectos período y oscilación aleatoria, la curva de ajuste local indica un largo período de estabilidad en el apoyo a la alternativa prodemocrática, y un crecimiento sostenido partir de 2007. Este crecimiento no ha sido desproporcionadamente a expensas de alguna de las otras dos alternativas de respuesta. Como puede observarse, tanto la alternativa que refleja cierta preferencia por un gobierno autoritario, como la que indica indiferencia hacia este, experimentan bajas leves, pero sostenidas.

En términos comparados, los niveles recientes de apoyo a la democracia registrados en Chile son levemente superiores a los promedios observables en América Latina. En efecto, el 56% del total de entrevistados por la encuesta Latinobarómetro mencionó la alternativa prodemocrática en 2013 y 2015 (Latinobarómetro, 2016). Esto se traduce en que Chile tiene niveles de apoyo a la democracia sustantivamente mayores que muchos otros países de la región como Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay y Panamá (todos con porcentajes menores al 50% en 2015), pero a su vez, se encuentra bastante más abajo de otros países como Ecuador, Uruguay y Venezuela, que lideran el ranking con porcentajes superiores al 70%.

Es importante mencionar que los porcentajes de apoyo al régimen democrático durante los primeros años de la transición democrática alcanzaron niveles más altos que los observados después de 1995. Según registros de la encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), en abril de 1990 la alternativa prodemocrática marcaba un 76%. Durante los años siguientes fue paulatinamente descendiendo hasta el 55% alcanzado en 1995, aunque con algunas fluctuaciones anuales positivas<sup>4</sup>. De esta forma, se podría inferir que a partir de 1995 (cuando comienza el registro empírico del Latinobarómetro) ya se ha iniciado un período de normalización actitudinal entre la población, donde la expresión de actitudes prodemocráticas se ha librado del efecto positivo asociado al entusiasmo colectivo de la transición.

El segundo indicador de apoyo difuso refleja, nuevamente en un contexto de fluctuaciones anuales moderadas, un alza sostenida en el nivel de acuerdo con la frase la «*democracia puede tener problemas, pero es el mejor sistema de gobierno*». Mientras que en 1996 el 66% de la población estaba de acuerdo con esta frase, el nivel de apoyo llegó hasta un 82% en 2015, lo que refleja un crecimiento fuerte (equivalente a 16 puntos porcentuales), y la eventual consolidación de un consenso político transversal acerca de la democracia como el régimen político preferido por la sociedad chilena.

Por último se analiza la trayectoria del apoyo específico al sistema democrático. El gráfico de la derecha (gráfico 1) refleja la evolución del porcentaje de respuestas «muy satisfecho» y «algo satisfecho» con el funcionamiento de la democracia en Chile. Una vez más puede advertirse un proceso de crecimiento de opiniones favorables en un contexto de oscilación anual bastante marcada de los porcentajes, y ciertamente de mayor magnitud que lo observado en los indicadores de apoyo difuso. La variación más intensa, equivalente a una caída de 25 puntos porcentuales (desde un 59% hasta un 34%) se produce entre 2010 y 2011, lo que coincide con el primer año de presidencia de Sebastián Piñera y la emergencia de las protestas estudiantiles universitarias<sup>5</sup>. Después de dos años de alza consecutiva, durante

4 Para un análisis detallado véase Huneus y Maldonado, 2004.

5 El trabajo de campo de Latinobarómetro 2011 se realizó entre los días 15 de julio y el 16 de agosto de 2011, por lo que coincidió con el auge del movimiento estudiantil.

2015 el porcentaje de ciudadanos satisfechos repunta hasta un 47%, pero no alcanza a llegar a los niveles previos a la caída ocurrida en 2011. A pesar de esta fuerte baja, la tendencia central, capturada por medio de la línea de ajuste local, indica un crecimiento sostenido del nivel de satisfacción con el funcionamiento de la democracia entre 1996 y 2007, seguida por un período de estabilización que continúa hasta el presente. Los niveles recientes de satisfacción con la democracia nuevamente ubican a Chile por sobre el promedio regional de satisfacción, que fue de un 39% en 2013 y de un 38% en 2015 (Latinobarómetro, 2016).

En síntesis, se observa que el apoyo difuso al sistema democrático en la sociedad chilena ha experimentado durante los últimos 20 años un crecimiento importante y relativamente sostenido, aunque esta evolución ha estado acompañada con ciertas alzas y bajas. A su vez, el nivel de satisfacción con el funcionamiento de la democracia también ha aumentado durante el período observado, pero con fluctuaciones anuales aún más marcadas. La variación anual más fuerte coincide con el primer año de gobierno de Piñera y el auge del movimiento estudiantil. Es interesante notar que estos fenómenos, si bien afectaron el indicador de apoyo específico al régimen, virtualmente no tuvieron ninguna consecuencia sobre los indicadores difusos. También es interesante notar el tamaño de la brecha entre los indicadores difusos y específicos de apoyo al régimen. Mientras los indicadores difusos se consolidan durante el final del período observado con altos niveles de apoyo (el 63% prefiere la democracia y el 82% está de acuerdo en que es el mejor sistema de gobierno), el nivel de satisfacción no logra superar el 50%.

Por supuesto, los resultados no expresan qué piensan las personas al responder sobre «la democracia». ¿Están pensando en las elecciones y los candidatos? ¿En la lucha contra la dictadura de Pinochet? ¿En un pueblo soberano que se autogobierna? ¿En democracia participativa a nivel local? Existen varias visiones en Chile sobre cuáles son las instituciones y procedimientos centrales y/o necesarios para la democracia, como demuestran los debates sobre la forma en que habría de obtenerse una nueva constitución, el nombramiento de los intendentes regionales, la condición obligatoria o voluntaria del voto, la pertinencia de instaurar mecanismos de democracia

directa vinculantes a nivel nacional, o el sistema electoral que debió haber remplazado al binominal. Más allá de estas complejidades, las tendencias analizadas sugieren que el público chileno valora (y crecientemente) la democracia en sus diversos aspectos y dimensiones.

Ahora se revisarán las tendencias de los indicadores de apego político, referidos al nivel de afección que los chilenos tienen sobre el mundo político y sus actores. Al igual que en el caso del régimen político, se distingue el apego político difuso del apego político específico. Con el primero se hace referencia al nivel de interés y motivación que la política *per se* gatilla en las personas, independientemente de sus inclinaciones políticas. En cambio, el apego político específico refiere al nivel de apoyo que las personas dan a las instituciones, organizaciones y actores políticos en particular. Se verá que las tendencias entre ambas formas de apego difieren marcadamente. El análisis comienza con los indicadores de apego político difuso.

En el gráfico 2 se puede observar la evolución del nivel de interés en la política sobre la base de los datos del Latinobarómetro (gráfico a la izquierda), y de tres indicadores de involucramiento político medidos en las encuestas del CEP<sup>6</sup>. En conjunto, los indicadores reflejan niveles relativamente altos de estabilidad en el tiempo. El nivel de interés en la política comienza y termina la serie con el mismo porcentaje (20%). Ciertamente se produce un alza en el porcentaje de personas que dicen tener ‘algo’ o ‘mucho’ interés en la política entre 1996 y 2000, en donde alcanza al 36%, pero después cae hasta un 24% en 2001. Después de estas variaciones el nivel de interés se ha mantenido muy estable, aunque con una leve propensión a la baja.

En contraste con los resultados de apoyo y satisfacción con la democracia, los niveles de interés en la política en Chile son relativamente bajos en un contexto comparado. Según el Informe Latinobarómetro 2013, Chile se ubica como el segundo país con menores niveles de interés, sólo superado por Perú. En cambio, hay al menos cuatro países (Panamá, Paraguay, Uruguay y Venezuela) que registraron en 2013 el doble o casi el doble de interés que el observado

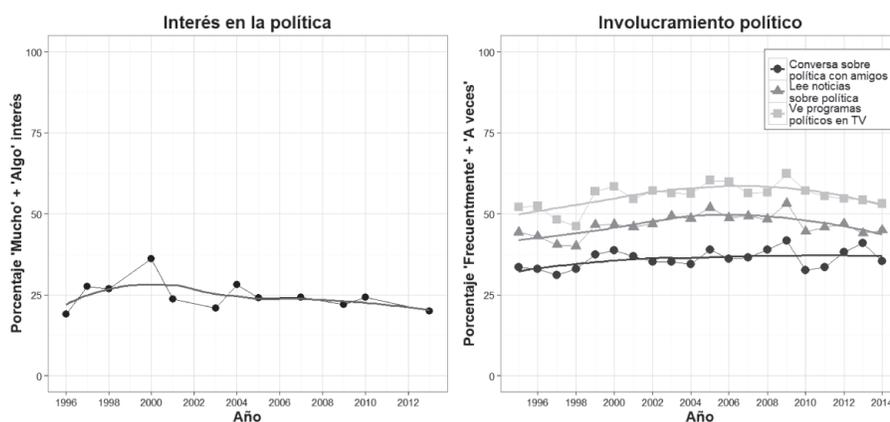
6 La pregunta de interés en la política es: “¿Cuán interesado está Ud. en la política?: ¿Mucho, algo, poco o nada?”. Las preguntas para medir el nivel de involucramiento político de los encuestados son: “Para cada actividad que le nombraré indique si Ud. la realiza frecuentemente, a veces, o nunca: a) Mira programas políticos en televisión?, b) Lee noticias sobre política?, y c) Conversa con amigos sobre política?”.

en la sociedad chilena. De este modo, el nivel de interés en Chile se ha mantenido relativamente estable, pero es comparativamente más bien bajo.

Los indicadores de involucramiento político reflejan también elevados niveles de estabilidad, y comienzan y culminan con números muy similares. A modo de ejemplo, mientras en 1995 el 52% de la población afirmaba observar programas políticos en televisión ‘frecuentemente’ o ‘a veces’, en 2014 lo hizo un 53%<sup>7</sup>. Los tres indicadores muestran variaciones anuales algo más acentuadas entre 1998-1999, quizás relacionado a la campaña presidencial Lagos-Lavín, y entre 2009-2010, quizás asociado a la campaña presidencial Piñera-Frei. Pero son desviaciones que rápidamente se normalizan y los indicadores vuelven a niveles cercanos al promedio de la serie.

## Gráfico 2

Evolución indicadores de apego político difuso, 1996-2014



FUENTE: ENCUESTAS LATINOBARÓMETRO Y CEP, VARIOS AÑOS.

- 7 Es importante notar que en democracia antes de 1995 los niveles de involucramiento político eran bastante más altos. Según indica Joignant (2002), también con base en las encuestas CEP, entre 1990 y 1994 los niveles de conversación sobre temas políticos, así como la frecuencia de consumo de noticias políticas escritas y en la televisión descendieron drásticamente. A modo de ejemplo, el porcentaje de personas que menciona conversar con familiares de política ‘a veces’ o ‘frecuentemente’ bajó desde un 60% aproximadamente en 1990 hasta alrededor de un 40% en 1994. Esta pronunciada caída puede relacionarse con el proceso de rutinización de la política que experimentó la sociedad chilena después de los primeros años de la transición democrática. Pero después de este periodo inicial, los niveles de involucramiento político se han mantenido muy estables.

Respecto a los indicadores de apego político específico se considera la confianza en instituciones políticas democráticas y los niveles de identificación ideológica y partidaria. En forma similar a lo examinado en cuando al apoyo difuso y específico al régimen político, se constata que los indicadores de apego político varían significativamente más que los de apego político difuso. Más importante aún, es en relación al apego político específico donde pueden rastrearse los declives más fuertes en la cultura política chilena.

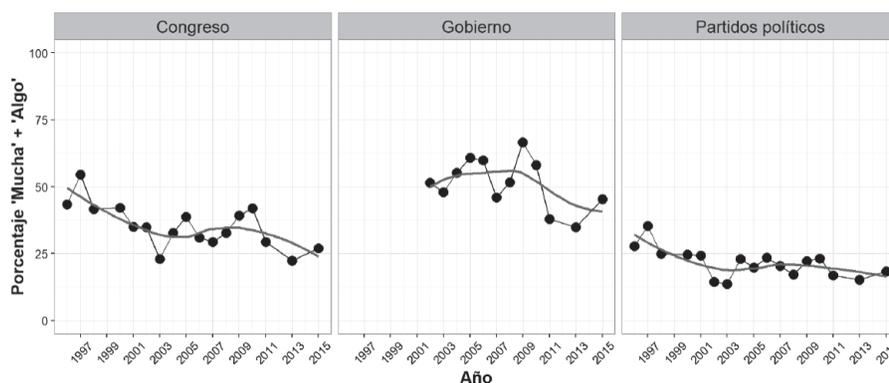
En el gráfico 3 se representa (a la izquierda) la evolución del porcentaje de la población que confía ‘mucho’ o ‘algo’ en el gobierno, el congreso y los partidos políticos entre 1996 y 2013. La evolución de la confianza en el congreso y los partidos políticos resulta ser muy similar. En ambos casos la serie de datos comienza con niveles relativamente altos de confianza (43% y 28% de confianza, respectivamente) que se reducen drásticamente (22% y 14% en 2003). Es importante recordar que este período coincide con la explosión pública y posterior proceso judicial de bullados escándalos de corrupción política (los casos «coimas» y «MOP-GATE»). Lo interesante, y contrario a muchas presunciones de que la confianza política ha decrecido continuamente en Chile, es que el nivel de confianza en ambas instituciones volvió a subir, nuevamente con bastantes fluctuaciones anuales, hasta 2010. Después de este año, la confianza en ambas instituciones cayó nuevamente, en forma estrepitosa en el caso del congreso, que registró el mismo nivel de 2003. Durante 2015 subió levemente hasta un 27%, algo peculiar si se considera que 2014 y 2015 estuvieron marcados por varios escándalos de financiamiento irregular de la política, como los casos Penta y Soquimich (SQM), y de tráfico de influencia (Caval). Independiente de si esta alza es estadísticamente significativa (lo es:  $t=-2.62$ ;  $p<0.01$ ), llama la atención que no se haya producido una caída en la confianza, tal como ocurrió en 2003.

La trayectoria de la confianza en los partidos sigue un patrón similar al congreso, aunque las variaciones anuales son más moderadas. La serie se inicia con los niveles más altos de confianza, pero que después caen fuertemente hasta 2003. Después se tienden a recuperar levemente durante cinco años, pero vuelven a caer a partir de 2010. Entre 2010 y 2015 los niveles de confianza en los partidos se han mantenido estables y con niveles cercanos a los más bajos del período

observado. De esta forma, en el largo plazo se constata efectivamente un proceso de declive del nivel de confianza en el congreso y los partidos políticos, pero esta disminución está acompañada con claras fluctuaciones que pueden revertir, al menos temporalmente, los descensos previos.

### Gráfico 3

Evolución de indicadores de apego político específico: confianza en instituciones políticas, 1996-2015



FUENTE: ENCUESTA LATINOBARÓMETRO, VARIOS AÑOS.

La confianza en el gobierno no fue medida por Latinobarómetro en forma continua entre 1996 y 2002, por lo que se concentra la atención en las tendencias posteriores a este último año. Como puede advertirse, el nivel de confianza en esta institución es muy volátil, y después de haber alcanzado un máximo histórico durante 2009 (66% de respuestas ‘mucho’ o ‘algo’ de confianza) registra una pronunciada baja que termina con los niveles de confianza observados más bajos en 2013 (35%), seguido de un fuerte repunte en 2015 donde alcanza un 45%. Dado el componente de *performance* que la confianza en el gobierno suele contener (Mishler y Rose, 2001), es plausible que el alza de 2008 se relacione con el elevado nivel de popularidad que el primer gobierno de Bachelet experimentó en su fase final, mientras que la posterior baja en la confianza se relaciona con la caída en la aprobación que el gobierno de Piñera experimentó a partir de su segundo año. De todas formas, e independiente de los motivos subyacentes en los cambios temporales de los niveles de confianza, es importante destacar que la

confianza en las instituciones políticas oscila de forma significativa, de modo tal que resulta difícil predecir su trayectoria futura sobre la base de su comportamiento pasado.

En términos comparados, y en contra de lo que podría pensarse, los niveles de confianza en las instituciones políticas en Chile son similares a los observados recientemente en la región. Durante 2015 el nivel de confianza en los partidos políticos de América Latina fue del 20% (dos puntos porcentuales por sobre los chilenos), en tanto la confianza en el Congreso alcanzó el 27%, igual a la cifra registrada en Chile (Informe Latinobarómetro, 2016). La confianza en el gobierno a nivel regional fue del 33%, mientras que en Chile alcanzó el 45%, aunque esta última cifra represente un fuerte repunte respecto a la medición anterior (del 35%). Así, los niveles de confianza institucional en Chile son similares a los registrados a nivel regional, aunque esto último no debiera ser considerado en forma excesivamente auspiciosa, ya que a nivel global América Latina registra niveles de confianza política e institucional relativamente bajos (Catterberg y Moreno, 2006; Bargsted *et al.*, 2017).

Se analizan a continuación dos indicadores de apego específico que refieren al nivel de identificación con etiquetas ideológicas y los partidos políticos. En el gráfico 4 (a la derecha) se puede observar la evolución del porcentaje de personas que se identifican con posiciones de izquierda, centro, derecha y que no se identifican con ninguna posición ideológica (independientes)<sup>8</sup>. Se observa que el porcentaje de personas de centro y derecha cae: desde un 23% en 1996 hasta un 14% en 2014 para la categoría derecha, y desde 31% en 1997 hasta un 19% en 2014 para la categoría centro. En contraposición, las personas que no se identifican con ninguna posición política crecen desde un 23% en 1996 hasta un 34% en 2014. Aunque hay ciertas fluctuaciones anuales en la serie de tiempo, las tendencias son casi enteramente lineales.

Si bien este descenso en los niveles de identificación ideológica es relevante, entre otros elementos por la importancia que tienen

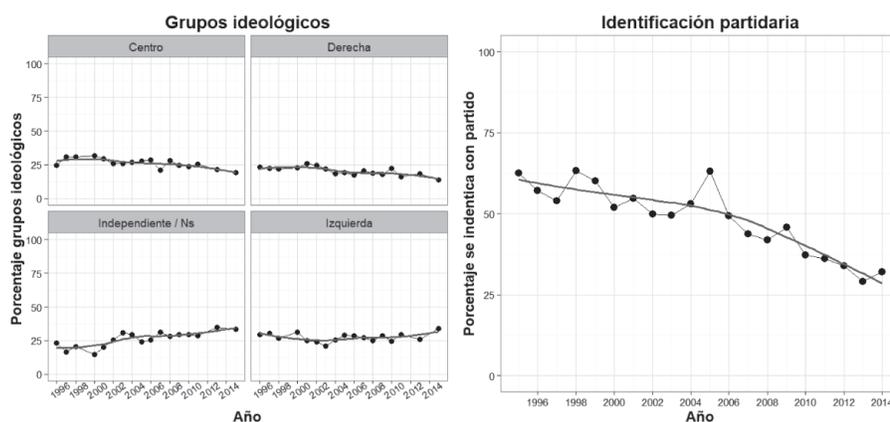
---

**8** Para medir la preferencia ideológica de cada entrevistado Latinobarómetro emplea la siguiente pregunta: “En política se habla normalmente de izquierda y derecha. En una escala donde 0 es la izquierda y 10 la derecha. ¿Dónde se ubicaría Ud.?” Las respuestas 0 a 4 fueron recodificadas como de ‘Izquierda’, el 5 como de ‘Centro’, y el 6 al 10 como de ‘Derecha’. Aquellos que respondieron ‘Ninguna’, ‘No sabe’ o ‘No responde’ fueron clasificados como ‘Independientes’.

las disposiciones ideológicas nítidas en la capacidad de las personas de procesar la información política (Zaller, 1992), la magnitud del fenómeno es relativamente pálida respecto de lo que ocurre con la identificación partidaria (gráfico 4, derecha)<sup>9</sup>. Mientras que en 1995 el 63% de la población adulta mencionaba identificarse, simpatizar o sentirse cercano a algún partido político, en 2014 esta cifra cae al 32%. La evolución decreciente de esta variable experimenta algunas oscilaciones anuales marcadas, como por ejemplo la asociada al año electoral 2005. No obstante, y tal como indica la curva de ajuste local, hay una tendencia continua hacia la reducción de los niveles de identificación partidaria en Chile. Esto es consistente con una amplia literatura que pone de relieve las crecientes debilidades institucionales y organizacionales del sistema de partidos chileno, sus dificultades para comprender y canalizar nuevas demandas ciudadanas, la baja renovación de las élites partidarias (Siavelis, 2009; Luna y Mardones, 2010; Luna y Altman, 2011; Huneeus, 2014), y más recientemente los escándalos sobre el financiamiento irregular de la política.

#### Gráfico 4

Evolución de indicadores de apego político específico: identificación ideológica e identificación partidaria, 1996-2014



FUENTE: ENCUESTAS LATINOBARÓMETRO Y CEP, VARIOS AÑOS.

- 9 La identificación partidaria es una de las variables sistemáticamente incluidas en las encuestas del Centro de Estudios Públicos. Ha sido medida en forma equivalente desde 1994. Su formulación es la siguiente: “Ahora, de los siguientes partidos políticos que se presentan en esta tarjeta, ¿con cuál de ellos se identifica más o simpatiza más Ud.?” Si el encuestado menciona que no se identifica con ningún partido, el encuestador le consulta la siguiente pregunta de seguimiento: “Bien, ¿y de cuál partido se siente un poco más cercano?”.

A modo de síntesis, puede señalarse que los niveles de apego político difuso se han mantenido marcadamente estables durante los últimos 20 años en la sociedad chilena, lo que contrasta fuertemente con algunos indicadores de apego político específico, particularmente la identificación con partidos, y en menor medida con etiquetas ideológicas, que muestran bajas sistemáticas durante el período observado. La estabilidad del apego político difuso también contrasta con los niveles de confianza política, que tienen una elevada volatilidad y han descendido a sus niveles más bajos durante los últimos años. Este contraste puede ser un elemento importante para explicar el vertiginoso ascenso de varios movimientos sociales y de protesta, entre los que destaca el movimiento estudiantil. En efecto, y refutando algunos recuentos de los procesos políticos recientes que enfatizan en la despolitización completa de la sociedad chilena (Silva, 2004), la evidencia que se ha recolectado aquí indica que el apego político difuso de los chilenos se ha mantenido estable, y por ende, las condiciones actitudinales que favorecen la participación política convencional y no convencional siguen vigentes (Verba *et al.*, 1995). En cambio, los niveles de apoyo de los actores políticos concretos se han desplomado. Esto no sólo se manifiesta en la tendencia agregada de la identificación partidaria (aunque la identificación con coaliciones sigue un patrón similar), sino también en manifestaciones conductuales específicas de apoyo a los actores. Por ejemplo, como muestra Morales en este libro, los niveles de participación electoral a nivel nacional y local se han desplomado en Chile.

Aunque varios estudios que demuestran que hay una caída de algunos indicadores de afección y participación política, ciertos matices importantes deben destacarse. Si bien en las últimas décadas cayó la identificación partidaria y la confianza en instituciones políticas, el interés en la política y el involucramiento político se han mantenido relativamente constantes. También sabemos que bajó la participación electoral y organizacional, pero que la participación en protestas y acciones colectivas disruptivas parece haber aumentado (Somma y Medel, 2017). Es decir, no todo está «cayendo», y aquellas cosas que están efectivamente descendiendo no lo hacen necesariamente a un ritmo similar.

### 3. Tendencias ideológicas subyacentes en la cultura política chilena

Si bien el análisis comparativo de las tendencias agregadas es altamente informativo, también contiene una importante limitación: oculta posibles diferencias en las orientaciones políticas de las personas que pertenecen a distintos grupos sociales. Es importante determinar si existen diferencias entre grupos ya que son indicativas de si la cultura política en Chile es segmentada o más bien homogénea. Como se mencionó en la introducción, el fuerte alineamiento entre el eje histórico de izquierda-derecha y el apoyo o rechazo al régimen militar y su legado, hacen de esta dimensión ideológica una candidata particularmente sólida para analizar la cultura política chilena. Al analizar el apoyo al régimen político y los niveles de apego político de acuerdo a este eje político se busca evaluar si se producen diferencias en la configuración actitudinal de los distintos grupos ideológicos y, quizás más importante aún, determinar si estas diferencias se reducen o no con el paso del tiempo y la consecuente normalización de la vida política democrática.

Para diferenciar las actitudes de las personas de acuerdo con sus inclinaciones ideológicas se emplean modelos de regresión logística. A través de estos se estima la probabilidad de que cada entrevistado adopte una actitud en particular (por ejemplo, que mencione estar muy interesado en política) según sus inclinaciones ideológicas y controlando por la cohorte de nacimiento, el nivel educacional y el género. Al controlar por estas variables se puede estar más confiados de que las posibles diferencias en la cultura política se deben a las preferencias ideológicas y no a posibles asociaciones entre las variables de control y estas últimas. Los resultados se presentan en los gráficos 5 a 8<sup>10</sup>. Al igual que en la sección anterior se agregan a los gráficos las líneas de regresión de ajuste local (*loess*)<sup>11</sup>.

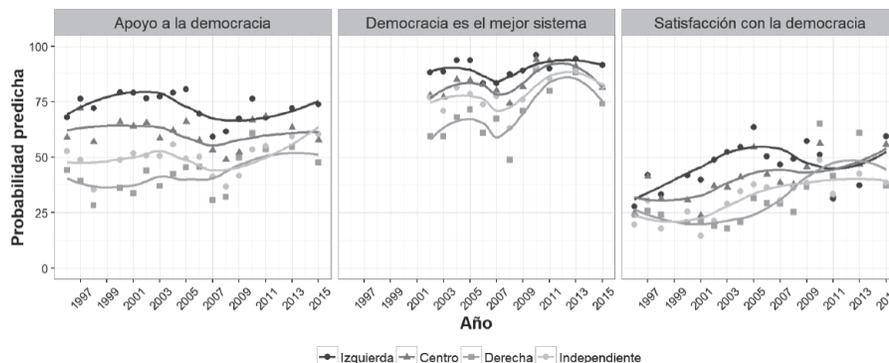
- .....
- 10** Cada variable considerada en la sección anterior, salvo las preferencias ideológicas, fue modelada como una variable dependiente en un modelo de regresión logístico binario con las siguientes variables independientes: preferencia ideológica (codificada según como se indica en la nota al pie de página 8), género, cohorte de nacimiento y nivel educacional. Este modelo fue estimado para cada año en que hubo datos disponibles. Las probabilidades predichas representadas en los gráficos fueron calculadas para una persona 'promedio', esto es, que fuera hombre, nacido entre 1960 y 1969 y con educación media completa.
  - 11** En los gráficos que siguen se eliminaron las líneas que conectan los puntos de cada año con la finalidad de evitar sobrecargarlos visualmente.

El gráfico 5 contiene las probabilidades predichas de los indicadores de apoyo difuso y específico al régimen democrático. Si se consideran ambos indicadores de apoyo difuso, se observa que a medida que pasan los años se produce un proceso de convergencia actitudinal. Mientras que los niveles de acuerdo con que la «democracia es preferible a cualquier otro sistema de gobierno» y la «democracia como el mejor sistema de gobierno» se encuentran muy diferenciados según grupos ideológicos hasta alrededor de mediados de la década del dos mil (con diferencias que superan los 40 puntos porcentuales), después se observa un aumento de las preferencias democráticas en todos los grupos, pero particularmente entre las personas que se identifican como de derecha e independientes (en 2013 la diferencia en la probabilidad de apoyo a la democracia entre personas de derecha e izquierda se reduce a 17 puntos porcentuales). Esto lleva a que las diferencias en los niveles de apoyo difuso de la democracia se tornen más modestas al final del período bajo observación, aunque ciertamente aún subsisten.

Es interesante constatar que los cambios en los niveles agregados de apoyo político difuso son, en ocasiones, menores que los observados para algunos grupos ideológicos particulares. Por ejemplo, el apoyo a la democracia oscilaba desde un mínimo del 46% en 2007 hasta un máximo del 63% en 2013. Para las personas de derecha, en cambio, las variaciones varían desde un mínimo de un 28% en 1998 hasta un máximo de un 61% en 2010. Entre las personas identificadas con la izquierda el rango de oscilación es incluso menor que el observado para la población general; el nivel más bajo de apoyo a la democracia se produjo en 2006 con un 83% y el mayor fue de un 96% en 2010.

Gráfico 5

Evolución de probabilidades predichas de indicadores de apoyo difuso y específico al régimen político según preferencia ideológica, 1996-2014



FUENTE: ENCUESTA LATINOBARÓMETRO, VARIOS AÑOS.

Al revisar las tendencias agregadas en la sección anterior se constató que el nivel de apoyo a la democracia observable en los últimos años ubica a Chile en una posición intermedia en relación con otros países de la región. Esta posición intermedia contrasta con la larga tradición democrática que acumuló el país hasta que fue violentamente interrumpida en 1973. A la luz de esta tradición y de la alineación entre personas de centro e izquierda y una mayor preferencia por el régimen democrático, por un lado, y entre las personas de derecha y un menor nivel de apoyo a la democracia, por otro, se podría presumir que la dictadura de Pinochet tuvo el efecto, persistente hasta hoy, de que los niveles de apoyo a la democracia no sean más altos.

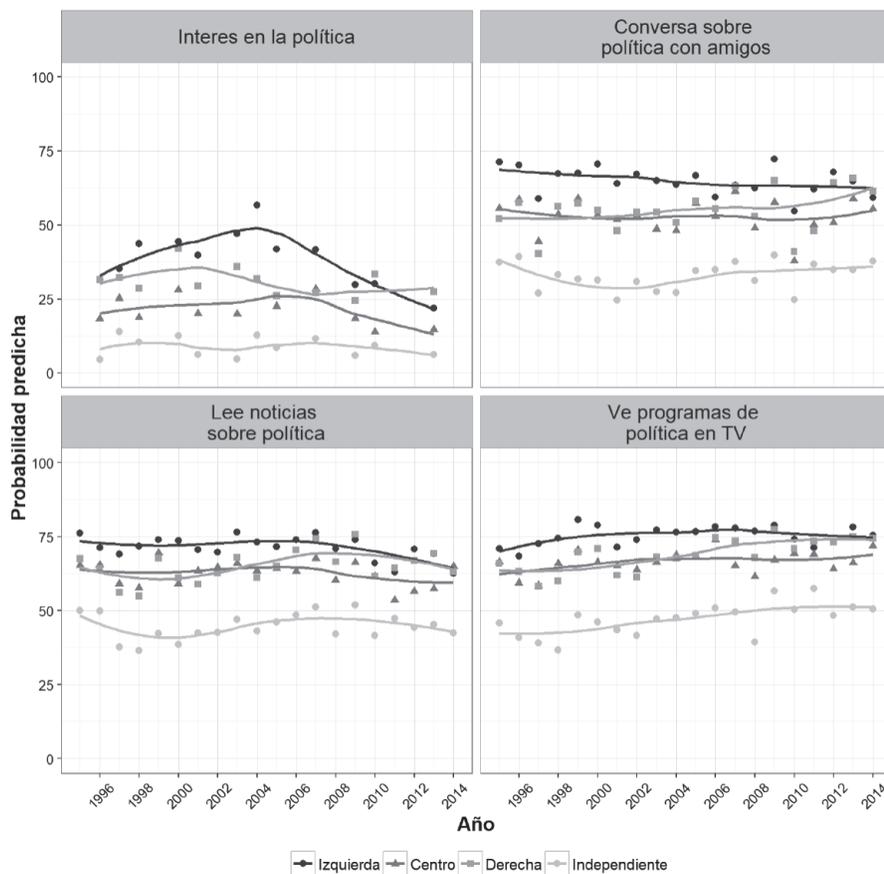
Si se consideran los niveles de satisfacción con el funcionamiento de la democracia según las inclinaciones ideológicas de las personas se registra un fenómeno parecido, no sólo de convergencia actitudinal, sino que abiertamente de inversión de propensiones. En efecto, hasta alrededor de 2004 las personas de izquierda manifestaban niveles de satisfacción con la democracia mucho más altos que los de derecha (y los de centro e independientes se situaban entremedio). No obstante, a partir de los años siguientes se observa que los niveles de satisfacción con la democracia entre las personas de derecha comienzan a subir, mientras que entre las personas de izquierda comienzan a bajar hasta el punto de que en 2010, cuando Piñera asumió como presidente, se

invierten los patrones y las personas de derecha se empezaron a mostrar más satisfechas que las de izquierda. Entre 2013 y 2015, cuando se produce el cambio del gobierno de Piñera al segundo de Bachelet, se vuelven a invertir los niveles de satisfacción con la democracia, y la proporción de personas satisfechas de izquierda sobrepasa a las personas de derecha en más de 20 puntos porcentuales (contrastar el círculo negro con el cuadrado gris).

En el gráfico 6 se observa la evolución del apego político difuso según las preferencias ideológicas de las personas. Al considerar el nivel de interés en la política se registra un patrón que contrasta con los resultados anteriores. En este caso, son las personas que se identifican con la izquierda, y en menor medida con el centro, las que experimentan más cambios en el tiempo, en tanto los niveles de interés de las personas de derecha son bastante más estables. Entre las personas de izquierda los niveles predichos de interés en la política descienden drásticamente desde un máximo de un 57% en 2004 hasta un mínimo de un 22% en 2013. Entre los de centro el cambio es levemente menor, pasando desde un máximo de un 32% en 2004 hasta un 15% en 2013. En cambio, las personas de derecha registraron los niveles más altos de interés en 2000 y 2003 (42% y 36%, respectivamente) y después los niveles de interés en la política se estabilizaron y mantuvieron sobre un piso mínimo de un 25%. En los años con datos correspondientes al gobierno de Piñera (2010 y 2013), el interés en la política que tienen las personas de derecha es más alto que el de las personas de izquierda. En consecuencia, el leve descenso en el nivel agregado de esta variable se explicaría, en buena parte, por la reducción del nivel de interés político de las personas alineadas con posiciones de izquierda y centro.

**Gráfico 6**

Evolución de las probabilidades predichas de indicadores de apego político difuso según preferencia ideológica, 1996-2014



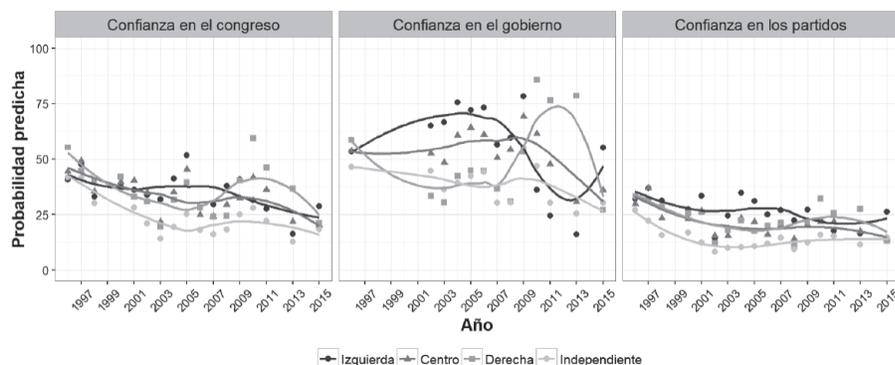
FUENTE: ENCUESTA LATINOBARÓMETRO Y CEP, VARIOS AÑOS.

Los tres indicadores de involucramiento político reflejan un ligero pero continuo incremento en los niveles de politización de las personas de derecha e independientes, aunque en este último grupo son marcadamente más bajos. El aumento en los niveles de involucramiento de las personas de derecha ha implicado que las brechas originales con las personas de izquierda, que podían sobrepasar los 10 o 15 puntos porcentuales en la década de los noventa, virtualmente se reduzcan a cero, o incluso se inviertan. Esto implica que se ha producido un proceso de convergencia en los niveles de involucramiento entre ambos grupos ideológicos. A su vez,

las personas identificadas con el centro político muestran elevados niveles de estabilidad en su nivel de atención y conversación sobre temas políticos.

### Gráfico 7

Evolución de las probabilidades predichas de indicadores de apego político específico: confianza en instituciones políticas y valoración de las élites políticas según preferencia ideológica, 1996-2014



FUENTE: ENCUESTA LATINOBARÓMETRO, VARIOS AÑOS.

En el gráfico 7 se puede observar la trayectoria de las mediciones de confianza política según tendencia ideológica de los entrevistados. El resultado más evidente refiere al alto nivel de inestabilidad de los juicios de confianza para un mismo grupo ideológico, particularmente para el caso del gobierno y el congreso. En el caso del gobierno, la confianza se muestra fuertemente diferenciada entre grupos ideológicos durante el período del presidente Lagos, con las personas de izquierda reportando niveles mucho más altos de confianza que las de derecha, y las de centro ubicándose al medio. Después de 2006 la confianza en el gobierno de las personas de derecha comienza a subir hasta alcanzar niveles históricamente altos, que superaron el 75%, durante los tres años de medición registrados en el gobierno de Piñera. Mientras tanto la confianza en el gobierno entre personas de izquierda y de centro comenzó a caer abruptamente después del último año del primer gobierno de Bachelet (2009), y volvió a crecer en 2015, al inicio del segundo gobierno de Bachelet. Las magnitudes de estas variaciones son muy intensas. Por ejemplo, entre los entrevistados de izquierda la caída de la confianza en el gobierno entre 2009 y

2013 sobrepasa los 60 puntos porcentuales, mientras que entre las personas de centro alcanza a 38 puntos porcentuales. En un marcado contraste con estas fuertes fluctuaciones, las personas sin tendencia ideológica definida registran niveles de confianza en el gobierno bastante más estables en el período observado.

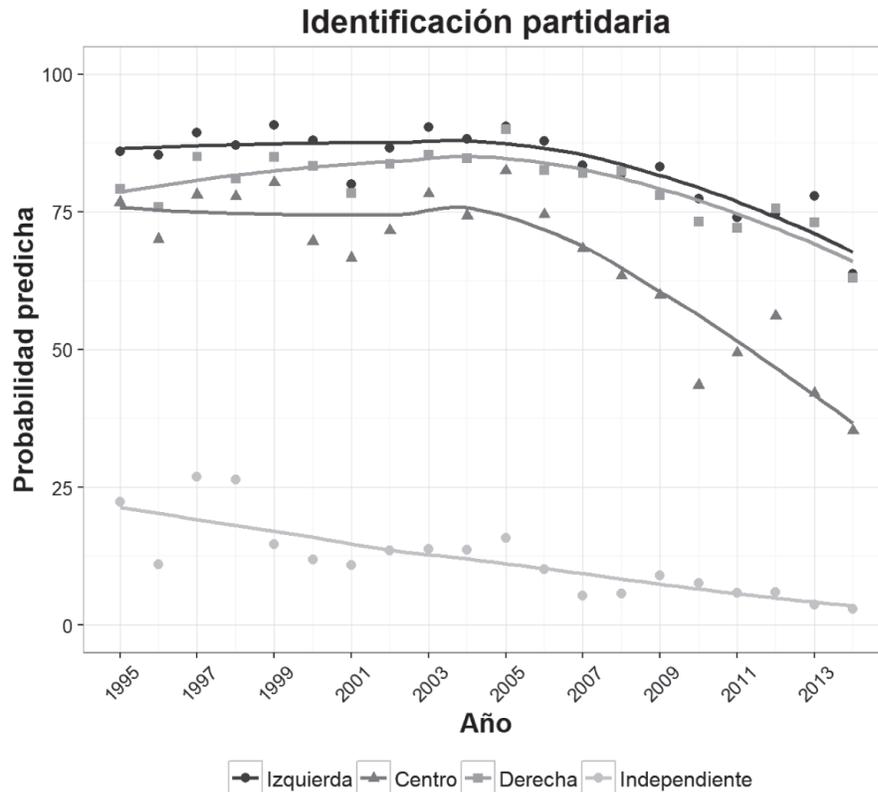
La evolución de la confianza en el congreso sigue un patrón similar, pero menos dramático. A mediados de los años noventa, cuando arranca la serie, los niveles de confianza en el congreso no se diferencian por tendencia política, con la importante excepción de los independientes y/o ideológicamente apáticos, que muestran niveles significativamente menores. Fue a partir de 2003 y 2004 cuando se comenzó a «politizar» el juicio de confianza en el congreso, en el sentido de diferenciarse mayormente según la tendencia ideológica de las personas. Entre las personas de izquierda se produjo un fuerte aumento de la confianza en 2004 y 2005, después de lo cual comenzó a fluctuar con alzas y bajas durante el primer gobierno de Bachelet, para caer vigorosamente en el gobierno de Piñera. En la última medición, durante el segundo gobierno de Bachelet, los niveles de confianza vuelven a recuperarse. Entre las personas de derecha se observa, en cambio, un descenso en la confianza en el Congreso desde 1996 hasta 2008, después de lo cual sube con fuerza (del 25% en 2008 hasta el 59% en 2010) en los años previos y durante la inauguración del gobierno de Piñera, para caer sistemáticamente en los años siguientes.

Finalmente, la confianza en los partidos muestra un patrón más transversal. Aunque se pueden observar fluctuaciones análogas a las observadas entre las personas de izquierda y derecha, la magnitud de estas variaciones es más modesta. De esto se puede deducir que la baja confianza en los partidos es compartida por la mayoría de las personas, independientemente de sus inclinaciones políticas.

De estos resultados se infiere que la confianza política no sólo puede estar fuertemente sesgada por las tendencias políticas de las personas, sino también que opera en forma muy similar, pero invertida, para los grupos ideológicos de izquierda y derecha. Cuando el grupo político simpatizante está en el gobierno, o tiene una mayor representación en el congreso, las personas con inclinaciones políticas favorables a ese grupo político aumentan fuertemente sus niveles expresados de apego político específico. Así, más que tratarse de un

juicio de desempeño, como muchos autores le atribuyen a los juicios de confianza política, se trata de juicios fuertemente condicionados por las preferencias políticas de las personas.

**Gráfico 8**  
Evolución de indicadores de apego político específico: identificación partidaria según preferencias ideológicas, 1993-2014



FUENTE: ENCUESTA CEP, VARIOS AÑOS.

Por último, en el gráfico 8 se puede observar que los niveles de identificación partidaria decrecen en todos los grupos ideológicos, pero no a igual ritmo. Por un lado, el descenso en la identificación partidaria ha seguido un patrón marcadamente lineal entre las personas que no se identifican con ninguna posición ideológica, a pesar de algunas fluctuaciones anuales durante los años noventa. En cambio, entre los grupos de izquierda, centro y derecha se nota un patrón marcadamente curvilíneo, que indica cierta resistencia inicial

de parte de los miembros de estos grupos por dejar de identificarse con un partido, pero a partir de 2005 las curvas comienzan a caer fuertemente. Entre las personas de centro se constatan las caídas más pronunciadas. En efecto, mientras que en 2005 la probabilidad de que una persona con preferencias de centro se identificara con algún partido era de un 85%, en 2014 esta cifra se redujo a un 35%, esto es, una caída dramática de 50 puntos porcentuales. Entre las personas de derecha los números respectivos son 90% y 63%, en tanto entre los de izquierda el cambio fue de un 90% hasta un 64%.

#### 4. Síntesis y conclusiones

En este capítulo se ha planteado que en Chile no existe un patrón uniforme en las tendencias longitudinales de varios indicadores de cultura política. Observando las tendencias a nivel agregado de la población adulta, se advierten dos elementos. En primer lugar, en el contexto de una «democracia semisoberana» (Huneeus, 2014), las preferencias democráticas *difusas* tienden a aumentar y se mantienen relativamente altas, mientras que la satisfacción con el funcionamiento concreto de la democracia (indicador *específico*) se mantiene en un nivel más bajo y con marcadas oscilaciones, potencialmente atribuibles al desempeño de los gobiernos, los ciclos de movilización social y otros factores. En segundo término, los niveles de apego político *difuso* (como el interés declarado en la política, la frecuencia de conversaciones políticas, o las prácticas de consumo de información política en los medios) se mantienen bastante más estables. Sin embargo, los indicadores de apego político *específico* tienden a disminuir en el largo plazo. Algunos lo hacen en forma muy clara y sistemática, como es el caso de la identificación con ideologías de centro y derecha y, en particular, la identificación partidaria, mientras que otros experimentan una baja en el largo plazo acompañado con importantes variaciones anuales (como el caso de la confianza en el congreso y el gobierno).

Al analizar estas tendencias para distintos segmentos ideológicos (izquierda, derecha, centro e independientes) se observa que varios de los indicadores considerados en el análisis han estado sujetos a un proceso de convergencia en el tiempo. El segmento de derecha, aunque decrece en tamaño, aumenta su apoyo a la democracia, tanto

en términos difusos, como específicos (en particular desde que Piñera llega a la presidencia), con lo que se asimila más a los partidarios de centro e izquierda en este sentido, quienes tradicionalmente han manifestado preferencias más democráticas.

Los indicadores de apego político difuso también reflejan procesos de convergencia entre polos ideológicos. La disminución del interés en la política entre los izquierdistas durante la última década los hace más parecidos a los derechistas, que evidencian una politización más estable. Asimismo, las diferencias en los niveles de atención y frecuencia de conversación sobre temas políticos entre personas de izquierda y derecha se han anulado en los últimos 10 años. De esta forma, el alineamiento fundacional de principios de los años noventa, según el cual los simpatizantes de la Concertación desplegaron los mayores niveles de involucramiento político y preferencias más democráticas, empezó a desdibujarse crecientemente a medida que avanzó la década del dos mil. En los años de gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014) apareció una «nueva derecha», más liberal y demócrata, con caras jóvenes y nuevas agrupaciones políticas con formatos más cercanos al de un movimiento ciudadano o *think tanks* que a partidos políticos tradicionales. Aquí no existe espacio para tratar de explicar tal convergencia (Bargsted y Somma, 2016), pero esta sugiere la siguiente pregunta: ¿Hasta qué punto sigue el sistema político chileno estando articulado por el clivaje «autoritarismo versus democracia» de los años noventa (Tironi y Agüero, 1999), al menos a nivel de la cultura política?

También es posible encontrar interesantes similitudes en los niveles de apego político *específico* entre los distintos grupos ideológicos, particularmente en relación a la confianza en el congreso y el gobierno. Más allá de las fuertes oscilaciones y diferencias entre los grupos, estos indicadores tienden a evolucionar de forma equivalente entre los partidarios de cada tendencia política, en el sentido que las personas tienden a confiar desproporcionadamente en estas instituciones cuando están en manos de los partidos de su preferencia. Por último, el nivel de identificación de los chilenos con los partidos políticos ha caído en forma intensa en todos los grupos ideológicos, aunque la magnitud de dicho descenso no ha sido la misma. Mientras que entre las personas de centro la identificación partidaria abiertamente ha

colapsado, entre las personas de derecha e izquierda las caídas han sido fuertes pero de menor proporción.

Para finalizar resulta oportuno considerar algunas implicancias más generales de los resultados. En primer término, ¿cuán peculiar es este diagnóstico sobre la evolución de la cultura política chilena en las últimas décadas? Una rápida mirada a otros países sugiere que existen varios elementos comunes. Como se indicó arriba, diversas investigaciones reflejan que, en las últimas tres o cuatro décadas, varias democracias avanzadas del hemisferio norte experimentaron una combinación de creciente apoyo difuso a la democracia, pero una evaluación crítica de su performance y actores<sup>12</sup>.

En la misma línea, aunque las marcadas oscilaciones en los niveles de confianza política y su fuerte nivel de asociación con la tendencia política de las personas pueden llamar la atención, no son del todo extrañas. La literatura internacional muestra que fenómenos puntuales pueden afectarlas fuertemente. Por ejemplo, así ocurrió en los Estados Unidos a fines de los años sesenta y principios de los setenta, como consecuencia de la guerra de Vietnam, las tensiones raciales y el escándalo Watergate. Pero eso no significó que el público estadounidense se distanciara del sistema político o adoptara una actitud «antisistémica», incluso en términos conductuales. Si bien las tasas de participación electoral disminuyeron entre los años sesenta y los noventa, posteriormente repuntaron sostenidamente hasta los niveles habituales de los años cincuenta.

Por esta razón, los bajos niveles de confianza política e identificación partidaria<sup>13</sup> en el Chile actual no están escritos en piedra y podrían revertirse bajo las circunstancias políticas e institucionales apropiadas. Por ejemplo, los niveles de confianza en el gobierno podrían aumentar fuertemente si llegara al poder un líder político que combinase carisma personal, liderazgo transversal y eficiencia para canalizar demandas de cambio. Asimismo, la identificación partidaria y la confianza en los partidos podrían aumentar bajo condiciones de una mayor orientación programática de estos, o de un incremento

---

**12** Véanse, por ejemplo, los capítulos sobre Inglaterra y Estados Unidos en Almond y Verba (1980), además de Norris (1999 y 2011) y Dalton (2004).

**13** También de participación electoral; al respecto véase el capítulo de Morales en este libro.

en los niveles de transparencia y enraizamiento de los mismos en la sociedad.

El diagnóstico realizado en estas páginas abre para Chile una vieja pregunta que plantearon Almond y Verba en su libro de 1963: la de las relaciones entre la cultura política y la estructura político-institucional de los países. Como indica Huneus (2014 y en su capítulo en este libro), la semi-democracia chilena tiene varias debilidades en términos de representatividad y capacidad de canalización de las demandas sociales. Todavía existen restricciones institucionales y constitucionales vinculadas al exagerado peso que tuvo la dictadura en su diseño y Pinochet como figura política influyente durante los años noventa. Los partidos políticos son débiles y están fragmentados; toman demasiadas decisiones estratégicas en función de las encuestas o equipos tecnocráticos antes que discusiones programáticas profundas que involucren a sus militantes o la ciudadanía en general; no plantean una oferta política diferenciada; y mantienen nexos de dependencia con los grandes empresarios que los financian. Todo esto promueve la estabilidad y continuidad a costa de la capacidad de efectuar reformas.

En este contexto surge una paradoja que aquí se plantea pero no se busca resolver: ¿Cómo es posible que, a pesar de todos estos déficits, no haya disminuido la politización difusa y el apoyo a la democracia entre los chilenos? ¿Es que la consabida estabilidad democrática de Chile durante el siglo XX –al menos en el contexto latinoamericano– generó una «reserva» de apoyo difuso que persiste hasta ahora? ¿Es que las deficiencias de la política no son tan extremas?

Más allá de las respuestas, la cultura política y las estructuras políticas en el país no están desconectadas. En los últimos años se procesaron en Chile varios cambios institucionales: nuevas leyes de partidos políticos y de financiamiento a las campañas electorales, reformas al sistema binominal y a la inscripción electoral, elección directa de los CORE. Muchos factores pueden explicar estos cambios. Aquí se propone interpretarlos como la respuesta institucional a la cristalización de una cultura política que combina apoyo difuso constante (o creciente para algunos indicadores) y apoyo específico decreciente. Dicha cultura política activó diversas expresiones ciudadanas de insatisfacción que motivaron a la clase política a

proponer o acelerar estas reformas. Estas expresiones van desde un incremento en el volumen y variedad de las protestas y movilizaciones en la última década (Somma y Medel, 2017), la caída sostenida en la participación electoral, y la emergencia de nuevas agrupaciones políticas (Izquierda Autónoma, Revolución Democrática, Partido Progresista, Evopoli, Amplitud, Ciudadanos), hasta el éxito relativo de candidatos alternativos a las coaliciones dominantes como Marco Enríquez-Ominami en 2009 o Franco Parisi en 2013, y las bajas cifras de confianza reportadas en las encuestas de opinión pública (donde los decrecientes indicadores específicos tienen mucho más impacto en la clase política que los estables o crecientes indicadores de apoyo difuso).

Como plantea Norris (1999: 270), varios países (Estados Unidos, Italia, Japón, Nueva Zelanda y el Reino Unido) han atravesado procesos similares de irrupción de «ciudadanos críticos» y consiguientes reformas en los sistemas electorales y el financiamiento de la política. En ninguno de estos casos una cultura política incisiva ha significado el fin de la democracia –más bien puede ser su salvación. En Chile, los síntomas de insatisfacción ciudadana con el régimen político existente y los actores políticos existentes pueden ser leídos como reflejos benignos de una democracia capaz de detectar sus problemas. Por supuesto, existe un abismo entre detectar estos problemas y resolverlos.

## Referencias

- ALMOND, G. y VERBA, S. (1963). *The civic culture: political attitudes and democracy in five countries*. Princeton: Princeton University Press.
- BARGSTED, MA. y SOMMA, NM. (2016). «Social cleavages and political dealignment in contemporary Chile, 1995–2009», *Party Politics*, vol.22, N° 1: 105-124.
- BARGSTED, MA., SOMMA, NM., y CASTILLO, JC. (2017). «Political Trust in Latin America». En *Handbook on Political Trust*. Editado por Sonja Zmerli y Tom W.G. van der Meer, Edward Elgar Publishing.
- CARLIN, RE. (2006). «The decline of citizen participation in electoral politics in post-authoritarian Chile», *Democratization*, vol.13, N° 4: 632-651.
- CATTERBERG, G. y MORENO, A. (2006). «The individual bases of political trust: Trends in new and established democracies», *International Journal of Public Opinion Research*, vol.18, N° 1: 31-48.
- CORVALÁN, A., y COX, P. (2013). «Class-Biased Electoral Participation: The Youth Vote in Chile», *Latin American Politics and Society*, vol.55, N° 3: 47-68.

- DALTON, RJ. (2004). *Democratic Challenges, Democratic Choices: The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- DALTON, RJ. (2014). *The civic culture transformed: From allegiant to assertive citizens*. Cambridge: Cambridge University Press.
- EASTON, D. (1965). *A framework for political analysis*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- FRANKLIN, MN. (2004). *Voter turnout and the dynamics of electoral competition in established democracies since 1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUNEUS, C. (1998). «Malestar y desencanto en Chile. Legados del autoritarismo y costos de la transición». *Papeles de Trabajo-Programa de Estudios Prospectivos* 54: 1-72.
- HUNEUS, C. y MALDONADO, L. (2003). «Demócratas y nostálgicos del antiguo régimen. Los apoyos a la democracia en Chile». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, vol. 103: 9-49.
- HUNEUS, C. (2014). *La democracia semisoberana: Chile después de Pinochet*. Santiago: Taurus.
- GARRETÓN, MA. y GARRETÓN, R. (2010). «La democracia incompleta en Chile: La realidad tras los rankings internacionales», *Revista de Ciencia Política*, vol.30, N° 1: 115-148.
- JOIGNANT, A. (2002). «La democracia de la indiferencia. Despolitización, desencanto y malestar en el Gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle», en Atria, Rodrigo, Muñoz, Oscar, y Stefoni, Carolina (eds.) *El Período del Presidente Frei Ruiz-Tagle: Reflexiones sobre el Segundo Gobierno Concertacionista*. Santiago: Editorial Universitaria.
- JOIGNANT, A. (2012). «El reclamo de las elites: desencanto, desafección y malestar en Chile», *Revista UDP*, vol.9: 103-105.
- Latinobarómetro, Cooperación (2013). *Informe Latinobarómetro 2013*. Santiago de Chile. [www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org).
- Latinobarómetro, Cooperación (2016). *Informe Latinobarómetro 2016*. Santiago de Chile. [www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org).
- LUNA, JP., y MARDONES, R. (2010). «Chile: are the parties over?», *Journal of Democracy*, vol.21, N° 3: 107-121.
- LUNA, JP., y ALTMAN, D. (2011). «Uprooted but stable: Chilean parties and the concept of party system institutionalization», *Latin American Politics and Society*, vol.53, N° 2: 1-28.
- MADRID, S. (2005). «¿Políticos de ayer, apáticos de hoy? Generaciones, juventud y política en Chile», en Fuentes, Claudio y Villar, Andrés (eds.) *Voto ciudadano: debate sobre la inscripción electoral*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- MAYOL, A. y AZÓCAR, C. (2011). «Politización del malestar, movilización social y transformación ideológica: el caso Chile 2011». *Polis*, vol.10, N° 30: 163-184.

- MISHLER, W., y ROSE, R. (2001). «What are the origins of political trust? Testing institutional and cultural theories in post-communist societies», *Comparative political studies*, vol.34, Nº 1: 30-62.
- NAVIA, P. (2004). «Participación electoral en Chile, 1988-2001», *Revista de Ciencia Política*, vol.24, Nº 1: 81-103.
- NAVIA, P. y OSORIO, R. (2015) «It's the Christian Democrats' Fault: Declining Political Identification in Chile, 1957–2012», *Canadian Journal of Political Science*, vol.48, Nº 4: 815-838.
- NORRIS, P. (Ed.). (1999). *Critical citizens: Global support for democratic government*. Oxford: Oxford University Press.
- NORRIS, P. (2011). *Democratic deficit: Critical citizens revisited*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SIAVELIS, PM. (2009). «Elite-mass congruence, partidocracia and the quality of Chilean democracy», *Journal of Politics in Latin America*, vol.1, Nº 3: 3-31.
- SILVA, P. (2004) «Doing politics in a depoliticised society: social change and political deactivation in Chile», *Bulletin of Latin American Research*, vol.23, Nº (1): 63-78.
- SOMMA, NM., y MEDEL, RM. (2017). «Shifting Relationships Between Social Movements and Institutional Politics», en von Bulow, Marisa y Donoso, Sofía (eds.). *Social Movements in Chile: Organization, Trajectories, and Political Consequences*, Palgrave.
- TIRONI, E. y AGÜERO, F. (1999). «¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?» *Estudios Públicos*, vol.74(Autumn): 151-168.
- TORO, S. (2008). «De lo épico a lo cotidiano: Jóvenes y generaciones políticas en Chile». *Revista de Ciencia Política*, vol.28, Nº 2: 143-160.
- VALENZUELA, JS., SOMMA, NM., y SCULLY, TR. (por aparecer). «Resilience and Change: The Party System in Redemocratized Chile», en Scott Mainwaring (editor), *Latin American Party Systems: Institutionalization, Decay, and Collapse*, Nueva York: Cambridge University Press.
- VERBA, S., SCHLOZMAN, KL., y BRADY, HE. (1995). *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*. Cambridge: Harvard University Press.
- ZALLER, J. (1992). *The nature and origins of mass opinion*. Cambridge: Cambridge University press.